FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA

WERNER PAUL FRIEDERICH, MAESTRO DEL COMPARATISMO

Los estudios de literatura comparada perdieron con la muerte de Werner Paul Friederich (1905-1993) a uno de sus mejores promotores; así lo están reconociendo en muchos lugares, y creo que merece que también en España le dediquemos un recuerdo, pues de algún modo su benéfica influencia nos alcanzó.

Nació W. P. Friederich en la ciudad suiza de Thun (Thonne), al sur de Berna. O. Seidlin, en una nota biográfica, recuerda como permaneció fiel a la noble misión de la *Helvetia mediatrix*, y supo proyectar su espíritu en una dimensión universal. En sus años de formación (1924-1932), estudió en las Universidades de Berna, Sorbona y Harvard, en donde se doctoró en Literatura Comparada. De esta manera reunió la tradición europea de los estudios universitarios con la de América; desde 1935 arraigó en la Universidad de Carolina del Norte, en donde desarrolló una gran actividad, y en la que recibió el premio de ocupar la honorífica cátedra Kenan y se jubiló.

Su adscripción a la Universidad de Chapel Hill no representó para él limitación alguna, sino un fundamento para extender su labor comparatista, y fue el centro de irradiación de la actividad que le caracterizaba. Era incansable, y dio dos vueltas al mundo, visitando lugares muy diversos y conversando con las gentes. En 1950 pasó por España y fue a Sevilla, en cuya Universidad entonces yo era profesor. Aún recuerdo su entusiasmo contagioso hablándome de la conveniencia de la Literatura comparada y cómo resultaba necesaria para plantear en profundidad la mayor parte de las cuestiones de las literaturas «nacionales». Para mí aquello fue la confirmación de algo que intuía; mis lecturas de Baldensperger y van Thieghem se aseguraban con su ejemplo, y juzgué necesaria una dimensión «general» en las labores de la investigación que dirigía para mis discípulos y en la que yo llevaba a cabo. Esto ocurrió en junio de 1950 y W. Friederich me dejó un ejemplar de su *Bibliography of Comparative Literature*, en la edición de 1950, que tanto me valió y que aún conservo. Otra vez vino por España, y por entre estos viajes estuvo como profesor visitante en las Universidades de Melbourne (1955), Hawai (1959) y Zurich (1960).

En septiembre de 1958 organizó en Chapel Hill el segundo Congreso de la «International Comparative Literature Association», en el que reunió comparatistas de América, Europa, Asia y Oceanía; formé parte de la delegación europea, y fui uno más entre los comparatistas de diecinueve naciones. Este magno Congreso permitió la comunicación de comparatistas de muy diferentes lugares y criterios, como aparece en los *Proceedings of the ICLA Congress in Chapel Hill* (Chapel Hill, 1959, 2 vols.) Allí estuvo también Marcel Bataillon, que fue también nombrado Presidente. W. P. Friederich

perteneció al consejo de redacción de la *Revue de Litterature Compareé* y fue miembro de la Comisión ejecutiva de *Modern Humanities Research Association,* entre otras entidades destinadas a la investigación literaria.

A esta actividad de relación humana, hay que unir su gran capacidad de trabajo. Su primer libro fue *Spiritualismus und Sensualismus in der englischen Barocklyrik* (Viena, 1932). De más amplia proyección fue su conocido libro *Dante' Fama Abroad* (Roma, 1950), que abarca el espacio de las literaturas española, francesa, inglesa (de Inglaterra y Estados Unidos), alemana y suiza desde 1350 a 1850. Muy útil es el compendioso *Outline of Comparative Literature from Dante Aligheri to Eugene O'Neill* (Chapel Hill, 1954), escrito en colaboración con D. H. Malone. Y esta labor de guía e información culmina en la citada *Bibliography of Comparative Literature* (Chapel Hill, 1950 y New York, 1960), reunida junto con Fernand Baldensperger, un libro aún útil hoy y que ofrece un fondo bibliográfico fundamental, dentro de un orden que gobierna el planteamiento de una materia tan compleja con ejemplar maestría.

La labor de W. P. Friederich es, por una parte, un acopio de materiales en un campo en que sus dimensiones requieren orden e información; y por otra, contar en el comparatismo literario con la vecindad de las otras manifestaciones estéticas y también la filosofía y la historia, pues las relaciones tienen siempre motivos en los que hay que ahondar. Para una labor de esta especie, W. P. Friederich contaba con su manera de ser, abierta y flexible, y con una voluntad que proyectaba su inteligencia sobre las cuestiones más diversas, buscando la condición humana que las motivase, dentro del propósito y técnicas de la literatura.

Su personalidad extrovertida sentía curiosidad por lo que estaba cerca y por lo que estaba lejos. Cerca, con su familia, con los suyos y los amigos; y lejos, sin limitación. Le tocó vivir una época difícil, y conoció las dos guerras mundiales. Su formación europea se unió al conocimiento de la América de los Estados Unidos, con los medios de trabajo de sus Universidades. Nunca olvidó su origen suizo, y entendió que el comparatismo era una disciplina de estudios que podía volver a unir a los hombres, separados por sus diferencias, pues quería poner de relieve lo que relacionaba los unos con los otros en la creación literaria de cualquier país. Junto a los pocos genios de primer orden de cualquier literatura, se encuentra un gran número de escritores de menor categoría que se valen de un material literario más o menos común a una época y a una tradición, del que también conviene conocer su procedencia y tratamiento. Más allá de la obra literaria, existe la agrupación de los géneros, que traspasan los límites de las fronteras lingüísticas. También hay que contar con los traductores y adaptadores, que extienden el conocimiento de las obras más allá de las propias lenguas. El quehacer es mucho y pocos los que están preparados para llevarlo a cabo porque pocos pueden moverse por entre las lenguas como lo hacía W. P. Friederich y dar coherencia aprovechable al conjunto reunido.

* * *

Y dije al principio que esta actividad que promovió W. P. Friederich en un tan ancho espacio acabaría por obtener eco en España. Los estudios comparatistas se conocieron de una manera sistemática desde que la bibliografía de la *Revista de Filología Española* abrió, en su primer número de 1914, una sección destinada a la información bibliográfica de estos estudios. Su cultivo era esporádico, aplicado a determinadas investigaciones sobre autores y obras. Después de nuestra guerra y la mundial, y en relación con el desarrollo que obtuvo el comparatismo en el que tan implicado estuvo W. P. Friederich, fue abriéndose camino por el ejercicio erudito y crítico de esta actividad de la investigación, sobre todo a partir de 1950. A veces la información sobre los criterios del

comparativismo aparecían en revistas inesperadas, como cuando Claudio Guillén publicó en el *Boletín informativo del Seminario de Derecho Político* (Universidad de Salamanca, 27 de agosto de 1962, págs. 57-70) un artículo sobre «Perspectiva de la Literatura Comparada», que leí con gran provecho, germen del espléndido tratado *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada* (Barcelona, Crítica, 1985), uno de los mejores libros sobre la teoría de esta materia. Poco después, Alejandro Cioranescu publicó en la Universidad de La Laguna unos *Principios de Literatura Comparada* (1964), que difundió la teoría de la materia, invitación para su aplicación. El camino quedaba abierto, más por la vía de la aplicación práctica a los casos españoles, que por los estudios teóricos o generalizados, aunque estos no falten, como el de Enrique Moreno Báez, «El nuevo comparatismo» [1967] *(Historia y estructura de la obra literaria,* Madrid, CSIC, 1971, págs. 49-56) referente a las formas y estilos artísticos, tan relacionados con la dimensión comparatista. Por otra parte, la misma historia de España proveía abundante material comparatista. La posición fronteriza de España con el Islam tenía abiertas las puertas orientales. La presencia de los judíos en los reinos medievales de España, tanto cristianos como árabes, puso las bases del estudio de otro importante filón y sus consecuencias.

La incorporación quedó señalada en mayo de 1974 con la constitución en España de una «Sociedad Española de Literatura General y Comparada», en cuyo primer coloquio Marcel Bataillon (que con W. P. Friederich había presidido el Congreso de 1958) leyó la lección inaugural; la revista que la representa se titula *1616. Anuario de la SELGC* y su primer número aparecía en 1978. Y en los últimos planes de estudio que se elaboraron para la Facultad de Filología, se pretende que la Literatura comparada, junto con la Teoría de la Literatura constituyan una Sección.

Desde este punto de vista creo que W. P. Friederich, un veterano en estos estudios, se merece un recuerdo por parte de los españoles. Él vino a España en los años difíciles de aislamiento. La fuerte personalidad de W. P. Friederich, abierto a los demás por encima de las limitaciones cerradas, con las manos tendidas a los que quisieran trabajar en estos campos del comparatismo, tuvo su proyección entre nosotros; la fe que manifestaba en su labor era ejemplar y salía al encuentro de los que participaban en sus propósitos de entendimiento y comunicación entre las culturas y los hombres. Si de algún modo pudiera resumirse su función en la expansión de la Literatura comparada, sería calificándolo como un humanista a la medida de nuestro tiempo; a través de las relaciones personales, de las reuniones de comparatistas, de la labor en revistas y libros, cumplió con lo que él entendía que era su deber como un hombre (él, profesor universitario de Literatura comparada), que realizaba lo que los hombres tienen en común y en lo que puedan sentirse solidarios, (aquí, en este caso, la literatura como realización en los autores y como recepción de las obras entre los lectores). Sólo que si los humanistas del Renacimiento tuvieron una perspectiva europea asomándose a la novedad de América, para los de nuestro tiempo la perspectiva de proyección es el mundo entero, la aldea global que estamos constituyendo. Para él este servicio del hombre universal era una de las funciones de la Literatura comparada en cualquiera de sus manifestaciones. Y a esta Literatura comparada dedicó su vida como universitario y como investigador de la obra literaria, y en ambas maneras lo hizo de una manera honesta, cumplida y magistral.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID